



**Discurso Rector José Antonio Guzmán
Inauguración Año Académico Universidad de los Andes
Santiago, martes 16 de abril de 2019**

En una carta de 1954, decía san Josemaría “en lo humano, quiero dejaros como herencia el amor a la libertad y el buen humor”. Ahora que la universidad celebra sus 30 años me gustaría tratar el tema de la libertad con cierta detención. La libertad está en el corazón de nuestro trabajo universitario, así como también lo está en la actividad periodística a la que hemos dedicado nuestra lección inaugural. El buen humor quedará para otra oportunidad.

Cuando Alexander Solzhenitsyn, el famoso Premio Nobel, llegó a Occidente, expulsado por las autoridades la Unión Soviética, experimentó sentimientos contradictorios. De una parte, para él y su familia constituía un alivio el dejar de vivir bajo la opresión comunista. Sin embargo, para sorpresa suya, lo que encontró en Occidente no fue libertad, sino una suerte de caricatura suya. En efecto, a fuerza de afirmar que la libertad consiste simplemente en la posibilidad de elegir entre diversas opciones — independientemente de su contenido y finalidad— el entonces llamado “mundo libre” había trivializado la libertad. Además, como se advierte fácilmente, si lo relevante es el número de opciones que se tiene delante, entonces la libertad no dependería de nosotros mismos, sino de factores externos que la mayoría de las veces no dominamos. Ciertamente la libertad por la que había luchado Solzhenitsyn, aquella por la que había padecido persecución y pasado largos años en el Gulag, no era simplemente la posibilidad de elegir entre infinitas marcas de yogurt en la estantería de un supermercado.

A más de cuatro décadas de las reflexiones del escritor ruso, también hoy compiten en el escenario cultural dos versiones de la libertad —la libertad como pura capacidad de elegir y la libertad que apunta a una finalidad— y cada una de ellas da origen a modelos universitarios muy diferentes. Ningún proyecto académico es filosóficamente neutro.

No pretendo negar la importancia de las condiciones materiales ni el hecho de que la libertad tenga que ver con la elección de los medios. Pero para que la ella sea genuina, debe apuntar a un fin. Y no a cualquiera, sino a uno que sea perfectivo del hombre. Tomás de Aquino, decía que elegir el mal no es libertad, aunque sea “signo de libertad”.

No es la idea ahondar aquí en estas consideraciones filosóficas, sino poner de relieve que este proyecto académico en el que estamos empeñados busca hacer oír su voz —entre otros que convergen en el espacio público— inspirado en estos conceptos, en una idea de la libertad donde la responsabilidad no se agrega como un añadido externo, que la limita, sino que, por el contrario, pertenece a su sentido mismo, desde el momento en que tiene una finalidad.

Para entender el clima de libertad que queremos que siempre se respire en la Universidad de los Andes, nos ayudará preguntarnos a qué vienen, qué buscan nuestros profesores al unirse precisamente a esta iniciativa académica. Ciertamente no llegan a este campus porque no tengan posibilidades laborales en otro lugar: basta ver sus *currícula* para constatar que no necesitan de esta casa de estudios para ganarse la vida. Ellos vienen a la Universidad de los Andes porque quieren hacer ciencia partiendo de la base de una



determinada identidad que, entre otras cosas, incluye una concepción robusta de la libertad.

Si lo anterior es verdad, entonces la propia identidad no es un lastre, sino una fuerza que impulsa nuestro quehacer y, al mismo tiempo, permite que el aporte que hacemos al diálogo público tenga especificidad y pueda resultar un aporte interesante para los demás. Diariamente constatamos el respeto y aprecio con que nuestros académicos son escuchados en los distintos foros de la academia y la sociedad en general.

Así, esta identidad, que incluye entre sus notas esenciales la dignidad de la persona humana, constituye una suerte de común denominador que actúa como base para el diálogo. Los profesores que nos visitan se sorprenden al constatar la intensidad y variedad de del diálogo universitario que encuentran aquí. En este sentido, no resulta casual que hayamos elegido tener un campus único, donde conviven distintas disciplinas y miradas.

Sí existe la verdad... pero ella presenta múltiples facetas, y, por lo tanto, tenemos que buscarla entre todos, en una práctica dialógica que exige la presencia de las más diversas áreas del saber y la cercanía física de quienes las cultivan.

La libertad —que se ejerce a partir de nuestra identidad— es condición necesaria para que nuestra Universidad exista. Ella estimula la creatividad y destierra el miedo a equivocarse. Quien explora terrenos desconocidos muchas veces anda a tientas; pero los errores que inevitablemente derivan de esa situación precaria serán enseñanza para los que vengan detrás.

Así descrita, la tarea universitaria guarda una cierta analogía con la actividad de la prensa, tema de la lección magistral de hoy. Un diario tendrá, ciertamente, una línea editorial, que lo torna interesante y hace que su voz sea atendida en el espacio público, pero los periodistas han de gozar de la libertad para acercarse a las noticias y poner al alcance del público el fruto de su búsqueda de la verdad.

He hablado de la relación de los profesores con el ideario universitario y la idea de libertad que supone. A diferencia de ellos, los alumnos no necesariamente vienen a la Universidad para realizar una actividad científica sobre ciertas bases. Muchos, ciertamente, se acercan a nuestro campus porque comparten nuestro ideario y buscan expresamente recibir una formación que esté en coherencia con él. Otros, en cambio, vendrán movidos por el ambiente de trabajo, la calificación de los profesores y, por qué no decirlo, por la belleza de nuestro campus y la actitud acogedora con que son recibidos. Pero, más allá de las razones que los mueven, ellos conocen y respetan ese ideario y saben que el empeño que ponen profesores y administrativos por mantener una cercanía con ellos, por exigirles y por mostrarles día a día la importancia del servir no sería comprensible sin la presencia de un ideal de vida que sustenta todo su quehacer.

Al hablar, muchas veces con pasión, de su amor por la libertad y de la necesidad de una adecuada comprensión de esta, decía san Josemaría que él se consideraba “el último romántico”. Sin embargo, al ver a quienes trabajan aquí, al constatar diariamente el empeño que ponen en sus tareas, al ser testigo de la generosidad de nuestros donantes y del entusiasmo de los *alumni* de la Universidad, me siento tentado a pensar que en esto el inspirador de nuestra Universidad estaba equivocado, y que es evidente que él no fue el último romántico.

Muchas gracias.